

CAMINOS DE AMOR EN LA VIDA DE VICTORIA DIEZ

Celo apostólico intenso hecho visible en su tarea profesional

Cardenal Eduardo Martínez Somalo

Publicado en L'Osservatore Romano con motivo de la beatificación de Victoria Díez, el 10 de octubre de 1993, en Roma

Cuando Victoria Díez recorría los doce kilómetros que distan de Hornachuelos a la mina del Rincón, es decir, el tramo final que la llevó al lugar donde ofrecería su supremo gesto de amor, había recorrido ya muchos caminos, que se funden en realidad en uno solo: el seguimiento de Cristo en la vida y en la muerte. Su gesto final no fue sino la coherencia con su entrega de cada día, la última etapa de un itinerario marcado por la entrega joven y genuina a la causa de Jesús. Como en tantas esquinas de las calles romanas, en cada cruce de caminos Victoria descubrió la presencia confortante de una Madre, María, a quien amó con especial ternura. También la invocó con fuerza en aquel momento definitivo.

Recorriendo sus caminos

Los caminos que Victoria recorrió pequeña de estatura y ágil de movimientos, nos dicen, tienen que ver con *la misión que Dios le confió* en su vida, una misión de servicio a los demás vivido con sus mejores energías. Estos caminos la llevaron de Sevilla a Cheles (Badajoz), de Cheles a Hornachuelos y Córdoba, sin olvidar en estos desplazamientos León, donde tuvo lugar en 1935 un importante encuentro formativo con Pedro Poveda, fundador de la Institución Teresiana, a la que ella pertenecía gozosamente.

Una misión atravesada por un celo apostólico intenso y hecho visible en su tarea profesional de maestra. Caminos éstos que ella describía con todo realismo: *"¡Por fin llegó mi pueblo! Según las noticias que hoy tengo el pueblo carece de todo medio de comunicación, el viaje es penosísimo... Mis padres están disgustadísimos. Yo, por mí, estoy conforme con la voluntad de Dios y no me importa ir aunque sea al fin del mundo si allí he de darle gloria y ganarle almas, pero no lo puedo remediar, cuando veo a mis padres sufro lo indecible"*, escribía a Josefa Segovia el 30 de julio de 1927. Pero tenía muy claro y así lo mantuvo siempre, que el camino merecía la pena: *"Hemos de llevar a los pueblos, con nuestro ejemplo y caridad, ese grano de sal que sazona lo desabrido"*, decía a una compañera el 31 de octubre de 1934, animándola a tomar conciencia de su vocación, de la gran misión recibida.

La vida de Victoria Díez es una de esas vidas que atraen por su sorprendente sencillez. Así recorrió los caminos del Evangelio. En la escuela de Pedro Poveda había aprendido el encanto y el coste de la naturalidad, de la llaneza, de la verdad, de la serenidad en tiempos difíciles. *"Ahora es tiempo de redoblar la oración, de sufrir mejor, de derrochar caridad, de hablar menos, de vivir muy unidos a Nuestro Señor, de ser muy prudentes, de consolar al prójimo, de prodigar misericordia, de tener y dar paz... Ahora es cuando se conoce el templo de alma que tenemos..."* (P. Poveda, *Pensamientos*, escritos en julio de 1936).

Ahora es tiempo. Este *tiempo* tenía que ver con esa disposición al martirio que ella interiorizó y exteriorizó con ánimo extraordinario. Pero tenía que ver también con su trabajo profesional de maestra en Cheles y Hornachuelos y con el celo apostólico con que se entregó a las tareas evangelizadoras entre los jóvenes y las familias. Era tiempo de tomar la vida en serio, de amar y servir con coherencia, sencillamente.

Su camino de *santidad* pasó por la comprensión vital de algo intensamente vivido por aquel grupo de laicos en que iba cuajando la Institución Teresiana: el deseo de ser sal de la tierra y luz del mundo, la llamada a llegar a transformarse en crucifijos vivientes, llevando la presencia de Jesús, hecha vida, a todos los ambientes, de modo especial a aquellos ambientes educativos donde desarrollaban su misión. Victoria lo vivió con un empuje lleno de entusiasmo.

Un amor fuerte como la muerte

Pero lo que explica el secreto profundo de esta joven encantadora, profundamente humana, es que en sus 32 años de vida experimentó el don de una *relación con Dios* que se fue haciendo recia, madura, a lo largo del tiempo y en todos los caminos y circunstancias: "*Sabe él muy bien que con risa o con llanto lo llevo muy dentro del corazón y en primera fila*", confiesa en sus notas íntimas.

Hay un 'crescendo' que puede apreciarse claramente en los trazos que nos dejan su correspondencia escrita y sus notas personales.

Desde el inicio de su vocación en que manifestaba ya los más vivos deseos de seguir a Jesucristo y trabajar por su reino, pasando por aquella su primera experiencia de maestra en Cheles en que confesaba su radical confianza resolviendo "*no mirarse a sí misma sino a Jesús, que la sostenía siempre*", hasta aquella oración de total entrega en los días de su compromiso -"*¿qué haré, Señor, para más agradarte? te pido que tu amor me transforme*"-, hay todo un camino de crecimiento en el amor que la llevó a afirmar, con intuición espiritual penetrante, lo que el *Cantar* de los *Cantares* proclama con la sabiduría de la Palabra: que *el amor es más fuerte que la muerte*. Era un auténtico fuego interior el que la movía a darse, a vivir y desvivirse por los demás, a ofrecer todo su impulso joven en favor de quienes más lo necesitaban. No sólo porque hacía mucho -las mejoras de su escuela fueron evidentes en todos los sentidos-, sino porque eso que hacía nacía de un manantial, de una experiencia del amor de Dios, que transparentaba a la vez aquel espíritu de fortaleza y amor que Pedro Poveda quería para su Obra.

Había comprendido Victoria dónde se encontraba la esencia del Evangelio y así lo comunicaba de mil modos. Valga un ejemplo para mostrar la centralidad del amor a Dios y a los hermanos en que firmemente creía: "*La caridad es el fundamento... El amor es fuerte como la muerte, y cuando ese amor es en Dios pasa sus límites y se desborda quien lo posee. Todo lo demás deriva de la caridad. La santidad sólo se consigue con un continuado acto de amor*". (Carta sin fecha).

Fuerte era su amor, que llegó a fundir estrechamente a Dios y a los hermanos en una oración que por sí sola refleja la intensidad de la unión: "*Este pueblo que me has dado, que es tuyo y es mío, que es de los dos. ¡Mira qué haces con él! ¡Pídeme precio*". Valiente oración la de Victoria, sí, pero sobre todo expresión del amor que ya había sido derramado en ella y acogía en el mismo abrazo al Dios de la vida y al pueblo a donde él la enviaba.

Compañera de camino

Me interesa destacar una dimensión de la vida de Victoria que me ha impresionado hondamente: su capacidad de acompañar a otras personas en su camino de fe y en el descubrimiento de la voluntad de Dios.

Victoria Díez fue, sí, maestra de escuela, maestra de pueblo. Otros han escrito y escribirán de esa infatigable tarea en la que no se ahorró ningún esfuerzo. Su aprecio por el estudio y el buen hacer era constatable. Su competencia profesional claramente reconocida.

Me atrevo a afirmar que, sorprendentemente para su edad, fue también maestra de espíritu. Su comunicación espiritual revela una gran sensibilidad creyente y mucha humanidad a la vez. Gozaba de esa sabiduría propia de quienes están cerca de Dios. Supo conectar con los sentimientos y estados de ánimo de sus alumnas, compañeras y amigas, en las que descubría siempre el movimiento de una búsqueda de Dios. Y sabía sobre todo estimular, animar, provocar desde el Espíritu para que el interlocutor o interlocutora diera un paso adelante en el seguimiento de Jesús. Tenía 24 años cuando escribía a una joven: *"Veo en ti una disposición de ánimo muy favorable: querer cumplir la voluntad de Dios sea donde fuere. Si de verdad te decides a ser de Dios, antes tienes que olvidarte de ti y entonces, yo te aseguro que será fácil la entrega. Más de una vez te dije, en nuestras confidencias, que Nuestro Señor quiere algo grande de ti. Además como te dio un corazón grande, incapaz de llenarse con lo que es caduco, es preciso que sepas aprovechar esos sentimientos nobles y generosos y los emplees por completo en la gloria de Cristo, en la salvación de las almas. Adiós, queridísima Sofía, entrégate sin reservas, no le niegues nada a Aquel que se te entrega del todo"*. (Cheles, 7 de febrero de 1928).

En otra ocasión: *"Abandona todos tus querer y deseos en manos de Dios, que yo te aseguro que él con su misericordia infinita te dará lo que más te convenga"*. (11 de abril de 1928). Y todavía con anterioridad había manifestado en correspondencia con una alumna: *"Ya sabes que el que verdaderamente se entrega a Jesucristo ama su cruz. Ahora es la ocasión de que demuestres a nuestro Señor cuánto le amas"* (27 de julio de 1927). Así animaba a una amiga a dejarse modelar por Dios: *"No seas barro ingrato, sino dócil y moldeable, para que la obra sea perfecta y digna de Aquel que la ha realizado"*. (31 de octubre de 1934).

Muy cerca de su muerte, animó con su serenidad y su estímulo a la oración a aquella que podemos llamar pequeña comunidad familiar formada por su madre y las hermanas del párroco de Hornachuelos. Corrían tiempos difíciles y Victoria supo en aquellas circunstancias ayudarse y ayudar a mirar el auténtico norte. Leyendo y meditando la Palabra, orando, compartiendo la fe, supo mantener viva la memoria de Aquel que estaba cerca en el dolor y en la esperanza.

El martirio, culmen de un camino de amor.

Victoria Díez nos recuerda a aquellas jóvenes de la primera Iglesia que, entusiasmadas por el Evangelio, como los primeros testigos de Jesús, hicieron de su vida una gozosa entrega a su causa y fueron revestidos por el Espíritu con una fortaleza más que humana. ¿Cómo puede explicarse, si no es por la acción del Espíritu, esa fuerza en la debilidad, que caracterizó el itinerario vital de Inés, Cecilia, Águeda, el camino de Victoria, y marcó con el don del martirio la entrega total de sus vidas? *"Me siento revestida de una fortaleza que sólo con la gracia se puede tener"*, decía al darse cuenta de su fragilidad y de que era instrumento en manos de Dios entre sus alumnas y entre las gentes del pueblo.

El último tramo del camino nos habla de esta plenitud. Se había preparado, no como quien prepara una prueba que es preciso superar, sino como quien hace espacio en el corazón a un encuentro esperado cada día. Nos dicen que Victoria leía las Actas de los mártires y con ellas templaba su ánimo. Nos han hablado de su presentimiento del fin. Nos han dado testimonio de su serenidad en las horas de espera que transcurrieron tras su detención. Nos han transmitido su fortaleza en el camino de la mina, alentando a sus compañeros de camino, ella, la única mujer. Pero todo ello no es sino el reflejo de lo que su vida toda cantó día a día, sostenida por un amor fiel. Llegado el momento de la extrema fidelidad, Victoria recibió el don de entregar la vida por Cristo y con Cristo. Era el culmen de un camino sólo explicable desde el amor.

Una vocación y un estilo

Después de acercarnos un poco a los caminos que Victoria recorrió en sus 32 años de vida, se puede afirmar que encontrarse con ella es hallar un aire fresco para nuestra Iglesia, una brisa benéfica para nuestras vidas, a la vez que una roca firme. Es el tipo de paradojas al que Pedro Poveda nos tiene acostumbrados y que deleita encontrar vivo en las personas que él directa o indirectamente formaba. Ella lo decía con convicción cierta: *"Si una maestra de la Institución Teresiana no es santamente intrépida cuando la causa de Dios lo requiere, ¿dónde estará, pues, nuestro teresianismo?"* (A Josefa Segovia, 30 de julio de 1927).

Tengo la impresión de que Victoria Díez es una de esas mujeres que, creciendo en el ámbito eclesial de la Institución Teresiana, y recibiendo muy directamente del fundador impulso y formación, lograron dar cuerpo al ideal de una vocación difícil, pero muy necesaria para los tiempos de hoy: la vocación del laicado maduro en la Iglesia, bien enraizado en Cristo y bien ágil para sintonizar con las urgencias de la evangelización del mundo contemporáneo, poniéndose al servicio de ellas comprometidamente. Yo la he conocido más de cerca en la última fase de su proceso de beatificación y puedo decir que el contacto con su biografía me ha llevado a tocar con sobrecogimiento ese secreto de su vida y de su muerte que ella encontró en el amor fuerte y entrañable a Jesús y, en él, a todos. Hasta la prueba final

Joven entre los jóvenes de hoy

Hoy Victoria nos habla a todos, pero me atrevo a decir que su camino encierra un mensaje concreto para los *jóvenes* de hoy: el valor de entender la vida como servicio, el sentido y la belleza de un sí a Jesús que arrastra detrás el entusiasmo de toda una vida, la atracción de seguir su misma suerte, el desafío de construir día a día, en la tarea profesional, en el encuentro familiar, en las relaciones de todo tipo, un mundo fraterno, solidario y justo, la urgencia del testimonio alegre de la fe en medio de situaciones dolorosas. Victoria nos habla con su vida de una esperanza sin límites.

Sintoniza esta vida joven, crecida en un amor eclesial activo, con lo que el Santo Padre decía en su mensaje a los jóvenes con motivo de la última Jornada mundial de la juventud (Juan Pablo II, *Mensaje a los jóvenes del mundo con ocasión de la VIII Jornada mundial de la juventud*, 1993). *"¿Quién sino Aquel que es autor de la vida, puede saciar el deseo que él mismo ha puesto dentro del corazón? 11, que es al mismo tiempo el camino y la vida: el camino para entrar en la vida?"*. Este es el mensaje de la joven Victoria: un mensaje de vida para el mundo de hoy, una voz sembradora de esperanza en nuestra Iglesia, un reflejo del camino de María en su amor servicial y generoso. *"La vida nueva, don del Señor resucitado, se irradia en todos los ámbitos de la experiencia humana: en la familia, en la escuela, en el trabajo, en las actividades de todos los días... La vida nueva comienza a florecer aquí y ahora... en un amor de obra y de verdad, en el don de sí a los otros"*, continúa el Santo Padre. Algo de esta vida nueva ha florecido en el mundo con la vida y el testimonio de la joven maestra de Hornachuelos.

Así hablaba Victoria a las jóvenes de Acción Católica, a las que acompañó día a día en su compromiso cristiano: *"Así como el sarmiento si no está unido a la vid, de suyo no puede dar fruto, así nosotras no daremos jamás fruto si no estamos unidísimas a la Vid verdadera, Cristo Jesús. No os asustéis creyendo que esta unión con Jesucristo os mermará la alegría y las expansiones de vuestra juventud, muy al contrario, las aumentará... que el que vive unido a Jesucristo tiene en sí la verdadera alegría"* (Homachuelos, sin fecha).

Victoria Díez recorrió y sigue recorriendo con nosotros estos caminos de vida y de alegría inconfundible. Jesús nos ha prometido que en él hallaremos siempre la abundancia de esa vida y el gozo pleno. Sepamos nosotros llevarlo, como Victoria, dentro del corazón y en primera fila y repartirlo por los caminos a todos nuestros hermanos. Con fortaleza y amor.

(Cardenal Eduardo Martínez Somalo, Octubre, 1993)